

Señor Presbítero
D. Alberto Yepes Y.
San José

Mi querido amigo y hermano en Cristo: Salud

Vengo hoy a ceder vencido por las reiteradas instancias tuyas, a las cuales me he negado menos que por modestia, como usted lo piensa, más bien por no aparecer vano y jactancioso: pues quien pregona sus obras si algo merecen (a no ser un negociante), merma su estatura moral y se expone al ridículo entre los suspicaces y malos, o por lo menos a la compasión de los buenos y de los sabios.

Pero ya que usted insiste y lo cree útil, con grande voluntad y agradecimiento sincero, voy a complacerlo, en cuanto a ello alcance mi memoria, que parece no haber caducado todavía.

Efectivamente, por carta una vez, y dos ocasiones de viva voz, me ha pedido usted una relación acerca de los motivos y del hecho mismo ya lejanos, de la fundación del Pueblo de San José, parroquia que hace años usted regenta, como pastor de almas, y hace florecer tanto espiritual como materialmente, según evidencia tangible y pública fama; a contentamiento del Prelado y con el aprecio y amor de sus feligreses, que le obedecen y siguen, “como sigue el alma buena, la sombra santa de Dios”.

Empero, ni mi iniciativa hace ya para veintiséis años, ni sus óptimas labores desde que es cura de San José, mermarán ni un ápice los singulares méritos de aquel varón prestantísimo y generoso, Don Esteban Velásquez q.s.g.h., ni los merecimientos de los abnegados sacerdotes, que en los primeros y penúltimos tiempos regaron con sudor de obreros y palabra de apóstoles esos campos, y ese rebaño que hoy se pueblan y dan espiritual fruto. Pues ciertamente, si Pablo ha plantado y Apolo riega, es Dios quien da el crecimiento y hace la cosecha. Mas, no se crea que quiero yo compararme con Pablo, para ponerme de relieve: no, los sacerdotes no tenemos más camino de salvación que el de la humildad, y por tanto debemos inclinarnos bendiciendo y dando gracias a Dios, por habernos elegido para ofrecer el Santo Sacrificio, y postrados al pie de los sagrarios pedir misericordia, antes para nosotros, y después para los que en nuestras oraciones ministeriales confían.

Ahora bien: de la relación que he de hacerle a continuación, extractará usted lo que le parezca más interesante, para hacerlo conocer, como lo desea, de sus jóvenes feligreses, quienes aún no vivían hace 26 años.

Relación de la fundación del Pueblo de San José en terrenos de don Esteban Velásquez y en la parroquia de San Andrés de Cuerquia, por el año de mil novecientos doce.

Corría el año de mil novecientos doce: Hacía tan sólo un mes que estaba yo al frente de la parroquia de San Andrés de Cuerquia, como cura: era un viernes de cuaresma y llamáronme a confesar a un enfermo que moraba en las cabeceras del riachuelo denominado San José. Más al regresar cansado y hambriento, para que la mula pastara y bebiera, sentéme sobre el tronco vetusto de un cedro medio hundido entre la grama y las malezas. De frente hacia el ocaso mis ojos vieron por primera vez los campos matizados que hoy ocupa la población, y se deleitaban divisando los fértiles rastros que descollaban con sus varales retoñecidos, de entre las palizadas de seculares bosques derribados por el hombre labrador.

Contemple los nacientes maizales, esperanza del Antioqueño que no costumbra cosechar el trigo: observé la planicie medio inclinada sobre el recuesto de una pendiente cortada por límpido arroyo, y a trechos visaba también los parches de gramales nuevos, surtidos de novillas lozanas y lustrosas, pastaban inquietas y se embestían. Pero allá más lejos destacábase

verdeando y en nítida línea, la cresta de nemorosa colina, contra el azul de un cielo rayado con trémulas cintas de plata.

Entre tanto, y en medio de tan lindo paisaje, yo buscaba curioso, buscaba sí con ansia, el rancho grande y bendito del Señor Obispo González, confesor y mártir fugitivo: pues era esa selva, bosque secular de entonces un lugar histórico, santificado muchas veces por el Santo Sacrificio de la Misa allí ofrecido, y hasta por algunas ordenaciones sacerdotales, en los tiempos luctuosos de la última persecución religiosa, del pasado siglo, increíble ahora para la juventud optimista y confiada, pero de la cual somos testigos abonados todavía los setentones antioqueños, que ayudamos a misa antes de amanecer en las casas de los campos, a los sacerdotes fugitivos, por no someterse al gobierno del General Trujillo y otros, desde el setenta y siete hasta el ochenta.

Azaltòme de improviso la singular idea de fundar un pueblo en aquellos lugares que me tenían fascinado, ya que eran fértiles y hermosos, de clima sano y frío, habitados por familias numerosas, fuertes y hechas a la ruda labor, de hacerle producir el pan de cada día a la madre tierra.

Ea! pués: soñando despierto tracé calles a lo largo y a lo ancho de aquellos campos; parecíame estar viendo ya las casas luciendo sus tejados nuevos y blancas paredes a la luz primera del oriente, y compitiendo a cual más con el azul respiro de sus hogares recién encendidos. Marqué una plaza, y creía ver a las gentes que se movían de las esquinas al centro, y del centro a una iglesia, dentro de la cual tenían un sagrario y ante el sagrario se postraban todos. Era que allí encerrado y silencioso estaba Jesús el Pastor Divino, derramando misericordias a manos llenas; consolando, sosteniendo, y alentando con su dulce amistad y compañía; dando a ese rebaño suyo su cuerpo por manjar y su sangre por bebida; sirviendo de pararrayos contra la justicia Divina; haciendo del destierro un paraíso, y del templo y de las almas un cielo. Oh ¡qué sueño tan delicioso...! Más por dicha inefable ya no es un sueño: hace ya mucho tiempo que se ha convertido en una realidad. Los hechos cantan la verdad.

Vuelto en mí después del tal delirio de fundación, tomé el portante en mi mula harta ya y descansada, para llegar también yo a descansar del ayuno y la fatiga del día entero. Seguí, sin embargo, poseído de aquella idea nacida de improviso en un momento de soledad, pero nacida desde luego con tantos copos y tantas flores. La idea era tenaz y no la vencía ni el cansancio ni el sueño; pues en cuanto con mayor empeño me preocupaba con ese delirio, tanto más hondamente discurría desinteresada y patrióticamente, fijándome en ciertas circunstancias climáticas y económicas, de carácter prolífico y etnológico, que me abstengo de declarar aquí, para que esta relación a nadie mortifique, ni sea argumento de inútiles discusiones. Quien estuviera joven para adentrarse ahora con los misioneros del Excelentísimo Señor Builes, en los extensos y desiertos campos de clima templado y frío, propios para que la humanidad se multiplique y crezca robusta y sana, pues Colombia necesita de poblaciones nuevas para dar civilización y amparo a las familias pobres, vencidas por los malos climas, el aislamiento, el abandono y la ignorancia!.

En definitiva, el remate áureo de mis sueños era ver colocado un sagrario más sobre el amplio mundo, y a nuestro Señor Jesucristo, en el aprisionado con las cadenas sacramentales del amor, reconocido por los hombres redimidos con su sangre preciosa, por ellos amado, adorado y desagraviado, como lo está hoy felizmente en la iglesia de San José, desde hace mucho tiempo habitada por Su Divina Majestad.

Aproximábase la fiesta del Patriarca San José: dos días antes se me presentó el caballero y señor llamado Esteban Velásquez, a quien apenas conocía por muy buenas referencias y por una o dos visitas que me había hecho para ponerse a mis órdenes, como feligrés. El fin de su visita era proponerme que hiciéramos el diecinueve una exposición del Santísimos Sacramento,

del día entero, para de ese modo honrar más solemnemente al Santo Patriarca, de quien él y su familia eran muy devotos. La proposición me fue gratísima, pero hube de contestarle que la fábrica no tenía cera suficiente para ello, ni yo el permiso del Prelado para la exposición del día integro: a lo que me contestó, que los cirios los haría traer él de Santa Rosa o Yarumal, pues mandaría un expreso al día siguiente; y que por tener relaciones con el Señor Crespo que había estado ya en su casa, no dudaba que concediera la licencia si le poníamos un telegrama pidiéndola inmediatamente. Y así se hizo y la contestación no demoró, ni los cirios faltaron para la víspera de la fiesta de San José. Después de la fiesta del Santo y del Santísimo que resultó muy solemne y concurrida, vino a mí don Esteban para arreglar sus cuentas; porque eso sí, era correcto además y puntualísimo.

Al verme yo en la intimidad y al frente de un hombre tan cristiano y recto, tan honorable, sencillo y comunicativo; atrevíme a proponerle mi sueño de fundación de un pueblo, en los campos de su propiedad, allá en las cabeceras del riachuelo Sanjosé, y en ese preciso lugar donde era fama que había tenido su escondite sagrado el Ilustrísimo Señor Obispo Don Joaquín Guillermo González, de gratísima y santa memoria, por su virtud, elocuencia y valor apostólicos.

Quedóse don Esteban silencioso y pensativo; pero mirándome luego fijamente con aquellos sus ojos claros y sonrientes, espejo de una alma noble, firme y previsor, -me contestó con voz entusiasmada y respetuosa: -padre, yo sólo había pensado en el privilegio de un oratorio, o en hacer una capilla cerca de mi casa, para tener misa con alguna frecuencia, uno que otro día de fiesta; pero esta idea del señor cura, tan seriamente propuesta, abre para mí un horizonte hermoso y halagador nunca por mi soñado. Estoy a sus órdenes, padre mío. Qué quiere que hagamos?... yo me permití tomarle esa mano grande y encallecida que apretaba con cariño franco la de sus amigos; junté luego las mías con estrépito, las posé amigablemente sobre sus hombros, y con alegría incontenible agradecíle que me hubiese comprendido y mostrándose tan generoso; e **incontinenti**, empecé a manifestarle con entusiasmo y lacónicamente los intereses generales, y los fines desinteresados, que para esa propuesta y ese proyecto me animaban. Unánimes quedamos, puesto que se identificó con mis ideas y mis sueños.

Era don Esteban Velásquez un varón conforme al evangelio: prudente como la serpiente y sencillo como la paloma; de voluntad recta y enérgica; muy inteligente y mesurado; era muy afable, generoso y caritativo: en una palabra, un modelo de padres y de esposos, y entre amigos portaba el guión de la vanguardia. Ya nadie puede decir que tengo algún interés en alabarlo; pero siento placer en darle honor al mérito por justicia, y mi alma fiel a la amistad se deleita en hacer memoria del amigo óptimo, que debe estar gozando de la vista de Dios, que es la esperanza de los justos.

Volvamos a la entrevista: con esa alegría de buen cristiano y del hombre de carácter abierto y comunicativo, me dijo don Esteban riéndose francamente: dos cosas estoy yo ahora pensando y temiendo, padre, y voy a decírselas; la primera es que a usted pronto lo remueven de esta parroquia, como todos lo conversan, y, entonces, nuestros proyectos se quedarán empezados; pues seguramente otro párroco pensará de otro modo, como es lo ordinario, aunque resulten perjuicios, paralización o cambio de la obra comenzada: lo otro no es simplemente un temor, sino que tengo seguridad de que nos van a tener por locos a los dos, porque estos planes y convenios nuestros, no pueden quedarse en secreto, ni llevarse a cabo de la noche a la mañana. Además, yo sentiría mucho que por esta causa le sobrevienen mortificaciones al padre, pues nada tiene de raro que lo tomen a mal los feligreses, que no viven del lado de la vereda de Sanjosé, pues muchos ni conocen esos campos: yo nada tengo que temer, pues la empresa ha de ser en mis terrenos y puedo hacer de lo mío lo que me venga en talante. Por eso voy a ponerme de acuerdo con mi familia y los vecinos, y tengo seguridad de que

estimaran como un bueno el proyecto de que nos ocupamos, y nos ayudaran y nos secundaran con mucho entusiasmo. Cuando el padre hable en público acerca de este asunto, ya me convenceré de que no ha cambiado de parecer. Estas pocas palabras me cayeron como un rayo: al oírlas me di cuenta inmediatamente de quien era don Esteban Velásquez; pues con prudencia y respeto había sondeado y estimulado mi ánimo, y quería saber pronto, si yo era como las veletas de viento, inconstante; como las puertas de doble bisagra, voluble; y efímero como las espumas de un río crecido y desbordado: en resumen, víspera de mucho y día de nada. Y, tenía mucha razón, pues por estos defectos en muchos hombres de acción y posición, se echan a perder grandes empresas ya comenzadas, entra el desaliento en los subalternos y cooperadores, se pierden muchos capitales invertidos sin prudencia y perseverancia, y se desacreditan los que emprenden, dirigen o gobiernan.

Contéstele corta y vivamente, que una vez desenvuelto y empezado nuestro plan, nada importaba que me trasladaran a otra parte, pues no se trataba de una obra parroquial sujeta a la opinión y resolución del cura que me reemplazara, sí no más bien de la iniciativa de fundar un pueblo, en la cual quedaban comprometidos de hecho los vecinos de San José; y, que como se trataba de poblar pronto, después de hechos los trazados sobre el terreno, ya podía él comenzar a vender solares a precio estimulante para los vecinos que desearan vivir en el nuevo poblado, o tener en él su casa, como lo hacen los campesinos acomodados. Al despedirnos ese día, para que don Esteban se fuera seguro y convencido de la firmeza de mis resoluciones, dígame que ya el domingo siguiente tendría el placer de oír en la iglesia, cómo esbozaba yo mis ensueños con todos los argumentos por él conocidos en esa entrevista y más le añadí, que el patrón único de tan difícil empresa no podía ser otro que él mismo, y que así diría desde el púlpito, pues siendo él, tronco de una familia tan numerosa, la voz de consejo de todos sus parientes, y persona tan querida, atendida y respetada de todos los vecinos de Sanjose, a él correspondía la jefatura. Padre, me contestó, emocionado pero firme: aquí estoy a sus órdenes con todo mi ánimo y mis fuerzas personales, con mi familia y con los recursos integrados, de mi corta pero libre fortuna, si fuere voluntad de Dios.

Cómo se van olvidando esas frases tan cristianas de origen apostólico, que oíamos a nuestros padres y abuelos, y a esos viejos buenos nacidos en la mitad del siglo pasado!, pues para todo propósito de lo porvenir, decían sin respetos humanos: si Dios quiere, si fuere voluntad de Dios o queriéndolo Dios. Ciertamente, así lo enseña el apóstol Santiago, en el capítulo 4° de su epístola católica. Hoy son pocos ya los que cuentan con Dios en sus empresas y piensan en la Divina Provincia, ni falta quien la niegue con escándalo y públicamente. Que progresos los de este siglo!.

Efectivamente, en la misa parroquial del domingo que siguió a esta conversación, hice conocer desde el púlpito, mi sueño de fundar un pueblo en el paraje Sanjosè, en terrenos de don Esteban Velásquez, y en el lugar mismo donde habitara oculto y fugitivo el Señor González, y expliqué brevemente los intereses que a ello me animaban. Los feligreses como sorprendidos se miraban unos a otros, y hasta se rieron al oír mis argumentos y considerar mi ardiente entusiasmo: hasta me parecía que se compadecían con amorosa lastima al oírme. Sólo don Esteban me contemplaba con cierta complacencia pensativa.

Sí, habíale yo cumplido mi palabra y quedaba comprometido ante el pueblo pero don Esteban quedaba también ante mi comprometido y yo lo comprometía ante el público, pues lo había nombrado, con su consentimiento, como el jefe único y director de la original empresa de una fundación.

Al salir de misa algún señor anciano y muy respetable le dijo en el atrio a un amigo de toda su confianza: estoy desilusionado totalmente; lástima grande que persona de la tanta prestancia como el señor cura que nos han mandado, haya resultado con esta chifladura: nada hay que no tenga algún defecto al principio, al medio o al cabo. Yo lo supe inmediatamente, y de milagro

no estallé desde el púlpito al domingo siguiente, para levantar una candelada escandalosa, porque me tenían por loco. Esta es la hora desprevenida para los sacerdotes en las parroquias; la hora que suele echarlo todo a perder por un corto circuito, como en las instalaciones eléctricas; esta es la hora de la influencia nociva de un correvedile, de un amigo candoroso, de un hipócrita mal intencionado, de un pariente adulador o de una alma piadosa y corta de entendimiento, que no sabe lo que hace al llevarle cuentos a su cura, con peligro de un incendio y una división en la parroquia. Dios nos libre de una mala hora! Yo reflexioné y le concedí al que tal había dicho toda la razón: ciertamente, yo estaba chiflado, y con una chifladura alegre que dicen es de las incurables; en cuanto a los defectos míos no era posible negarlos, ni aún hoy a estas alturas de la vida; pues por eso cada día a mañana y por la tarde hay que decir sinceramente: **mea** culpa!

Lo cierto fue que a los ocho días, sin mentar para nada lo de la chifladura, repetí mis argumentos, si se quiere con mayor entusiasmo, para fundar un pueblo en Sanjosé, y volvieron a reírse los feligreses en la misma iglesia; pero ello ni me disgustaba, ni me parecía cosa rara ni mala: estaban los fieles en su libertad de opinar e improbar un proyecto inesperado y hasta singularísimo, que ninguna atingencia tenía con la moral, el dogma, la tradición católica y el derecho, que es lo que los fieles cristianos tienen que respetar, atender y creer al oír los sermones, pláticas y catecismos de los predicadores, curas y catequistas. Sumariamente, de que se trataba en aquella manifestación mía? Pues nada menos que de hacer un pueblo, cosa que nadie había pensado hasta entonces, un pueblo en tierra fría, en un campo desierto, en un rastrojo situado en Sanjosé, paraje desconocido para muchísimos, y con la perspectiva de emanciparlo con el tiempo, de la parroquia de San Andrés, de la cual yo mismo era el cura. Es que cuando se trata de los bienes espirituales y materiales de la sociedad, no es lícito el temor de mermar uno sus derechos, por conservar su pacífica y cómoda posición. Yo me explicaba, ciertamente, la admiración de mis feligreses, pues ni ellos sabían cómo se trazaban calles, se cuadraba una plaza y se levantaba un templo; ni como se recogían las familias y se multiplicaban en un lugar nuevo, y hacían de ese caserío un poblado, al que darían el nombre de patria chica: pero yo tampoco lo había hecho nunca, ni lo sabía,- sino que solamente lo planeaba, lo presentía y lo saboreaba con entusiasmos de cosa nueva, de sentimiento patriótico y religioso como sacerdote. Sólo un corazón varonil y generoso me había comprendido, y palpitaba al unísono del mío, con las mimas locuras y precipitaciones de esas que producen ciertos efectos improvisados al parecer sí, pero felices y perpetuos; como son ejemplos cantantes y triunfantes hoy día las obras misionales del Excelentísimo Señor D. Miguel Ángel Builes.

Hoy, al cabo de veintiséis años, tampoco sabe la sana, inocente y numerosa infancia, y la robusta y estudiosa juventud de San José, al recorrer las calles de su pueblo, al concurrir a sus escuelas y colegios y filar en las naves del templo de Dios vivo, cómo ese lugar donde vieron la primera aurora de su vida y que es el nido de sus amores, -fuera no ha mucho tiempo un bosque secular, un rastrojo fertilísimo, una **sementera** de papas y verdes maizales, de trecho en trecho **pradejoncitos** color de esmeralda y campo solitario.

Si, ayer ariscas alimañas, pájaros pintados y cantores, retozones y lúcidos rebaños de preciosa vacada; y hoy... multitudes de niños, de adolescentes y jóvenes hombres y mujeres, quienes bajo la vigilancia de un pastor de almas exquisito, de muchos padres y madres cristianísimos, y de hábiles maestros entre religiosas y legos, se preparan para hacerle frente a la vida de adultos, con valor e ingenio en el trabajo que redime, y con sólidas virtudes, para conseguir el fin último del hombre, la salvación del alma.

Ahora bien: mi primea exigencia a don Esteban fue la de que me hiciera escritura de un lote de terreno suficiente para levantar el templo, y por supuesto, la casa cural, o sea lo que en la demarcación que hiciéramos hubiera de ser una manzana sita en la parte más alta del cuadrado señalado para plaza. Constestòme a esta petición, que el terreno por mi elegido era

la herencia materna de una de sus hijas; pero que iba a hacer las diligencias necesarias para una permuta, y le daría a ella su hijuela en terrenos que a él pertenecían. Así, pues, mientras gestionó este negocio, que le costó de viajar hasta Santa Rosa y Yarumal, con no pocos gastos de tiempo y dinero, - yo me puse en comunicación con el Excelentísimo Señor Crespo obispo de la Diócesis, a quien relaté mi proyecto, tal cual lo había concebido, y pedirle la licencia, en caso que lo creyera conveniente, para emprender la edificación de la iglesia ante todo, como iniciativa de aliento para los que quisieran desde luego comprar solares y comenzar sus casas, en las calles que se trazarían inmediatamente. La licencia del Prelado me vino a vuelta de correo conforme a mi petición, y hasta con alentadores **encomios**, encargándome especialmente, que no fuera a trazar y edificar una simple capilla, sino más bien una iglesia grande, en consonancia con mis aspiraciones de fundar un pueblo; pues el clima, los terrenos, y sobre todos las familias raizales y numerosas de esos campos, bien lo merecían. Conviene recordar aquí que el Señor Crespo había estado ya dos o más veces celebrando y confirmando en casa de don Esteban: por tanto sabía que el número de fieles de esas veredas era escogido y considerable.

Don Esteban al leer y meditar lo que el Prelado decía en la mencionada carta, rebosando felicidad, ofrecióme inmediatamente por segunda vez, la escritura que yo le había exigido, e insistió en que la aceptara personalmente; mas yo por delicadeza y para evitar inconvenientes y enredos en lo porvenir, de lo cual ya tenía experiencia en cabeza ajena, lo convencí para que más bien hiciera la tal escritura al Mayordomo de Fábrica de la parroquia de San Andrés, el honorable caballero don Manuel Bolívar, a quien ciertamente fue otorgada, en la notaria de Santa Rosa, esa misma semana.

Sin pretensiones, pero con sinceridad, me atrevo a dar aquí esta declaración que nadie me está pidiendo, y la doy en forma fidedigna, porque soy el único sobreviviente, de los tres actantes entonces en ese negocio; y fui el motor de escritura, elección de lugar y el ocupante del predio por mi pedido, y puesto por don Esteban a mi disposición, para los fines deseados, pero llevados a feliz término, por la fuerza propulsora, generosa y constante del mismo don Esteban Velásquez. A todo Señor, todo honor.

Conseguido ya el permiso para edificar un templo en los campos de Sanjosé; otorgada la escritura de una cuadra cuadrada para iglesia y casa cural; empapados los vecinos en la idea de la inmediata fundación; perplejos varios neutrales y pesimistas con esa invención que les parecía una locura; y, la mayor parte de la parroquia convencida, de que don Esteban y yo le podríamos pecho firme y animo de exultación al sueño de ser fundadores de un pueblo, para gloria de Dios y beneficio de tantas familias, -llegóse el domingo, y desde el púlpito anuncié a los fieles, que ya comenzaba la empresa.

Diles a conocer que desde esa semana y en las siguientes, estaría ausente del poblado, desde el martes hasta el viernes; que el coadjutor padre Julio Ortega q. e. p. d. atendería en esos días a los oficios más urgentes de la parroquia, y que yo me iría a Sanjosé a celebrar en esos días, y luego a emprender trabajos con los campesinos a fin de limpiar los campos montuosos y acarrear materiales, con las miras propuestas de una fundación.

Qué sorpresa la de los habitantes del pueblo, cuando me vieron salir tan campante, en esa primera semana, a trabajar con los montañeros, como se dice en los pueblos de Antioquia, y a celebrar en una casa particular, sin más objetivo que el de llevar a cabo mis utópicos propósitos! Siempre me acuerdo que un joven amigo se antojó de seguirme, me alcanzó al comenzar la loma y conmigo entró al anochecer, a la casa de don Esteban, para ver qué era lo que íbamos a hacer. Hace poco he tenido noticia de que ya no vive y lo siento por su familia a quien estimo, y porque hoy me serviría de testigo de ese día memorable, y hasta se reiría leyendo esta relación.

Al día siguiente en acabando la santa misa y tomado el desayuno, pues habían comulgado muchísimos, salimos en desordenados pelotones y armados con diferentes herramientas, haciendo una algazara de todos los tonos y voces, con una mañana esplendida, hombres viejos

y jóvenes, mujeres de todas las edades, los niños y las niñas de las escuelas campestres; pero eso sí, sin saber propiamente que era lo que íbamos a hacer, tan determinados y briosos. Hablando en general, íbamos a hacer prado, a ayudarles a los peones de hacha, machete y barra, que ya habían empezado desde más temprano ; porque se necesitaba disponer el plano, para poder cuadrar plaza, y tirar cordeles a fin de marcar las cuadras y trazar las calles.

Justo es consignar aquí un recuerdo muy triste; más la gratitud obliga: Don Salvador Restrepo, en la empresa de trazados de San José y después en los comienzos de la iglesia, fue mi auxiliar inteligente y activo , encargado de dirigir los trabajos, pues era además pariente muy querido de don Esteban y de toda su confianza. Pero, oh infortunio! cuando se ahondaban los fosos para cimentar los muros de la iglesia, pereció instantáneamente oprimido por un talud que se deslizó de repente. Bien conservada está su memoria en los vecinos de San José, y su nombre inmortalizado en los dos preclaros y dignos sacerdotes, que repiten su momento diariamente en los altares. Descanse en la paz del Señor, el recordado amigo y cooperador que rindió su vida edificando un templo!

Cambian ahora los recuerdos. Como eran de alegres aquellos cansancios, y cuán copiosos aquellos sudores en tierra tan fría!; que diversión; qué gritería y confusión de tareas! Oh cuántas fueron las caídas de espaldas con grandes y muchachos, al juntarnos en pelotón, para hacerle gavilla a las coposas salvias, a los duros nigüitos y encenillos, a las chilcas y matas anchas y profundamente arraigadas de los matorrales, para arrancarlos de cuajo y dejar el suelo limpio, pero escarbado y con ese olor sulfuroso y especial de la tierra virgen, que está nutriendo fértiles plantaciones, al quedar expuesta al aire y a la luz del sol ardiente. Eso era un encanto, como ahora se dice, de todo lo que es sabroso, alegre, grato, hermoso, concertado y admirable. Los peones derribando árboles; sacando raigambres largas y profundas; destrozando los bejucos y los tallos sangradores de la zarzas y los morales, y, nosotros... los alegres y bisoños ayudantes recién llegados, arrancando arbustos, abatiendo matorrales, desbaratando avisperos y huyendo de los furiosos bichos; viendo a los lagartos en rápida carrera, y a una que otra culebra verde y muy larga haciendo vertiginosas esquinces y causándonos calofríos y temblores de puro miedo. Ah! Pero lo que sí es para nunca olvidar y siempre reír, fueron unas carreras improvisadas que hicimos a falta de perros, y tantas caídas de bruces y de vuelta entera que nos dimos, riendo y gritando a los cazadores, en persecución de cuatro conejos camera muy grandes, saltadores, rápidos y astutísimos, como serían sus abuelos antideluvianos. Pero sucedió lo de la perrilla de Marroquín: que entre tanta gente menuda y mujeril, contándome yo con otros varones entre la menudencia, no pudimos matar a piedra, ni coger, ni maltratar siquiera a ninguno de los cuatro conejos: se fueron los conejos y nos quedamos burlados. Ah sí! Los conejos siempre se nos fueron todos, y nosotros jadeantes y sudorosos nos desempolvamos, y con desmayos de risa entrecortada, contábamos el cuento de la frustrada cacería, y nos reímos, y aún nos reímos los que todavía no estamos sepultados. Por eso hoy al recordar las dulces horas de días ya lejanos, recito para oírme, y saboreo para consolarme, aquella composición de D.M.A Caro-pro senectute-que dice:

“Tú que emprendiste bajo albor temprano
La áspera senda con ardiente brio,
Dora inclinando y con andar tardío
Rigiendo vas el báculo de anciano:

Torpe el sentido y el cabello cano
No te acobarden: ni el sepulcro frio
Contemples con doliente desvario
Del rápido descenso el fin cercano.

Fúlgida luz la vista te obscurece:

Argentó tu cabeza nieve pura:
Cesas de oír, porque el silencio crece;

Te encorvas, porque vences la fragura;
Anhelas, porque el aire se enrarece;
Llegando vas a coronar la altura.

Qué es lo que dices hombre vanidoso y viejo? Cómo te atreves a envolverte en columnas de incienso, usando el preciso pebetero, y los pensamientos originales de tan privilegiado poeta? Pues nada he dicho para mí: este soneto con ser tan clásico y expresivo, ni alaba ni vitupera a nadie. Basta ser anciano como yo, y tener ya la cabeza blanca de canas, para merecer su ático sabor al recitarlo: también yo fui joven brioso y entusiasta. Lo he recordado al rememorar aquellas labores inocentes y campesinas, y al recitarlo siento consuelo; porque el corazón no se envejece, antes se hace más comprensivo, sensible, tierno y catador del néctar de la verdad expresada con delicados toques. He querido también copiarlo aquí, ya que me vino a la memoria; porque pienso que con él hago olvidar por un momento la tediosa monotonía de esta relación, que de suyo es bien árida y nada admirable ni ameno puede tener; pues ni siquiera me es dado hablar de leones, panteras, leopardos, tigres, osos y elefantes; ni de sierpes constrictoras, ni de luchas con endriagos y salvajes endemoniados: apenas sí, he alcanzado a darles la gloria de mi humilde recuerdo a las tenaces avispas vengativas, a las coposas y olientes salvias, a las vistosas culebras fugitivas, a la madre tierra rasgada y expuesta al sol ardiente y por fin a los conejos aquellos triunfadores. Pero sobre todo viven en mi recuerdo y fantasía, aquellos jóvenes y niños de hace tantos años, así inquietos y juguetones, y todos esos dulces campesinos trabajadores y buenos, que eran entonces mi rebaño y mis delicias. Manes benditos y queridos de tantos nobles amigos y santas mujeres que ya se fueron!

Al terminar el trabajo de desmonte, empradiza y limpia ya mencionados, y puesto a la vista todo el campo con sus altibajos, quiebras y manantiales, empezamos por demarcar la plaza en la parte más plana, y después de haberla cuadrado, medimos sobre la línea más alta la base de la manzana destinada a la iglesia y casa cural, conforme está a la vista hoy día.

Hechos, pues, estos dos cuadrados y señalados con mojones y banderolas, dióse principio al trazado de las calles y bocacalles, tirando cordeles y formando los ángulos: todo lo cual quedó bien señalado con zanjos angostos, estacones gruesos y banderitas.

Era muy agradable, sobre todo para los que nos interesábamos en la obra proyectada, divisar el campo como parcelado y sonriente, esperando las casas que habían de levantar los vecinos, quienes ya empezaban a preguntar por los precios de los lotes; y don Esteban ciertamente se los iba proporcionando a cuotas comodísimas. El más bien situado y ante todos entregado fue el que a mí me regaló y escriturò, grande y bien demarcado: hace poco tuve necesidad de venderlo por mil pesos, pues no tuve, en tantos años de poseerlo, la facilidad de edificar una casa adaptada para colegio de hombres como era mi intención, de lo que pueden dar testimonio, las primeras tapias, que deben todavía existir. Sin embargo, esos trabajos de cimientos anteriores a todas las otras edificaciones, sirvieron mucho para animar a los que iban comprando solares y a ejemplo mío emprendían banqueos y tapiería, y a poco más la casa estaba edificada: más ocurrió lo que dice el santo evangelio; que los últimos fueron los primeros. Permita Dios que para el negocio del reino de los cielos, no me quede yo como el que empezó a edificar una torre y por no haber hecho bien el cálculo de sus recursos, se le quedó sin terminar el edificio comenzado. Señor misericordioso! Da lo que mandas y manda lo que quieras, diré con la imitación de Cristo y con San Agustín cuya es esta hermosa y humilísima petición. No tenemos otra esperanza, para conseguir el reino de Dios y su justicia.

Entrado ya el mes de junio, nos pusimos de acuerdo los dos empresarios resueltos al éxito o al fracaso, y tomamos la resolución de emprender trabajos, para levantar el templo cuanto antes; pues comprometidos de este modo don Esteban y yo, les dábamos a los vecinos de Sanjosé, una prenda de seguridad, para hacer sus casas en los lotes de terreno ya comprados.

Desde el púlpito hice el anuncio de tal determinación a los feligreses e hice en seguida circular invitaciones impresas, para que no sólo los vecinos lo supieran y se animaran; sino también para que llegara la noticia a las parroquias circunvecinas, y fuera grande la concurrencia el día de la bendición y colocación de la primera piedra. Así, pues, fijamos para tal función y ceremonia, el día 15 de agosto ya próximo, como fiesta solemnísimas del Tránsito de la Santísima Virgen a los cielos.

Exhorté además a los vecinos de Sanjosé de modo especial, a que fueran preparándose con donaciones en dinero, animales y días de trabajo, a fin de que una vez empezadas las tareas de edificación del templo, no se presentase el inconveniente ordinario en esta clase de empresas, la falta de fondos, para continuar y terminar lo más pronto posible. La verdad sea dicha: nunca llegué a suponer, ni lo supuso nadie, que don Esteban sería tan generoso, tan energético y piadoso, que tomara a pecho la obra del templo como si se tratara de su propia casa. Yo no puedo apreciar el valor de las mandas de que acabo de hablar, de parte de los vecinos, que sin duda fueron muchas y valiosas; pero lo que sí puedo declarar y muchos conmigo, es que don Esteban vendió mucho ganado, tomó dinero a interés y se empeñó de múltiples modos con un afán constante y eficaz, para ver techada la iglesia y subvenir a los gastos del culto, ornamentación y sostenimiento de un sacerdote. Este secreto, al menos en parte, lo guarda sólo su digna esposa doña Teresa Ruiz v. de Velásquez y quizá don Félix su hijo mayor. Bien entendido que este elogio justo y verdadero, en nada merma la generosidad de los vecinos que con limosnas, ganados y trabajo personal, contribuyeron a la edificación del templo. De todo esto será imposible hacer mención en esta noticia; pues si bien me acuerdo que fueron muchísimos los que dieron dinero e hicieron mandas de animales y días de trabajo, el día de la bendición de la primera piedra, y celebración de aquella memorable misa, es imposible a estas alturas de tiempo conservar memoria de nombres de personas, cantidades de dinero y trabajo gratuito: pero a Dios no se le ha olvidado nada de todo lo que los vecinos de Sanjosé hicieron para darle una casa y tenerlo por perpetuo compañero.

Cundió el entusiasmo, repito, dentro y fuera de la parroquia, y con empeño y alegre afán se esperaba el día de tan rara y piadosa ceremonia y aglomeración de fieles cristianos, en un lugar donde no había ni siquiera casas pajizas, ni más vestigio y memoria de habitación humana, que la del rancho legendario y bendito del Señor González, de quien era paje y guardián de toda confianza don Laureano Pino, joven entonces, venido de Santa Rosa, habitante, entre poquísimos, de esas regiones incultas, testigo ocular de la persecución terrible desatada contra aquel apóstol valeroso y santo, de quien también fuera protector y amigo, en esos tiempos, don Alejandro Restrepo, recién venido de San Pedro de los Milagros, y hacendado nuevo entonces, de esas extensas y selváticas montañas.

Intencionalmente hago de ellos esta conmemoración, para honrarlos delante de sus hijos, nietos y biznietos; porque conviene que su descendencia, íncola en crecido número, de la parroquia de San José, esté al corriente de los méritos de sus antepasados los señores Pino y Restrepo, amigos fieles y buenos, que con otros hasta sacerdotes y distinguidos caballeros, supieron cumplir con su deber, para con el gran sacerdote de Cristo.

De los ancianos mencionados, oí yo de viva voz, en las largas conversaciones inquisitorias, las relaciones de personas, lugares y acontecimientos medio esbozados; pero viven aún pocas y distinguidas personas que pudieran dar detalles muy interesantes al respecto, pues estuvieron en compañía del Prelado en su larga persecución. Delicioso es y muy útil el conversar con los viejos observadores, y que han sabido cultivar su memoria en fechas, épocas, genealogías, nombres propios, lugares y acontecimientos, para conservar la tradición popular y la de sus

propias familias. Lástima y grande que todo ese tesoro tan útil y precioso, venga a perderse por la incuria y la ignorancia; por falta de conversaciones comunicativas en el seno del hogar doméstico, de parte de los padres para con sus hijos y nietos, y de los ancianos con la gente moza. Por cierto que no era así en los tiempos primitivos: de esas comunicaciones de viva voz, exageradas con el correr de los tiempos, vendrían sin duda los relatos fabulosos; pero también de ellas se originó la fuente viva de la historia, que es la tradición.

El 14 de agosto por la tarde la casa de don Esteban rebosaba de gente aguardando confesión, para comulgar el día del Tránsito, en la misa campal tan anunciada y esperada. Oh recuerdos gratísimos! Nunca podré olvidar que entre los venidos de lejos, tuve la dicha, de recibir, esa tarde, y de abrazar y agasajar con todo mi cariño filial, a la dulce y santa mujer, de quien Dios se valió para darme la vida y hacerme hombre, mi siempre amada y jamás bien llorada..." Basta! Las penas tienen su pudor: y nombres hay que nunca se pronuncian, sin que tiemble con lágrimas la voz. "Tampoco olvidaré la solicitud y los cariñosos cuidados, con que a Ella atendió en aquella noche doña Teresa Ruiz de Velásquez, dignísima y virtuosa compañera de don Esteban. Vive aún doña Teresita y es testigo abonado de muchos de los incidentes aquí relatados a mi eterna gratitud por beneficios y atenciones a mi prestados en esos tiempos y mucho después.

La noche era serena, pero oscura: allá lejos, sin poderse determinar la tierra, veíase desde el patrio de la casa un ámbito de indeterminada distancia, resplandeciente y undívago, producido por las hogueras encendidas con abundante combustible, y en varias alturas de los oteros, sobre el campo donde había de celebrarse, en la mañana siguiente, el santo sacrificio de la misa.

A cortas y largas distancias y en todas direcciones, divisábanse luces que se alejaban lentamente y como por el aire en medio de la oscura noche: eran los faroles de los cristianos, que después de haberse confesado, regresaban a sus casas, para madrugar a buscar la santa comunión, el día del Tránsito de la Virgen María. En amaneciendo, ya todos los de aquella casa enfiestada nos empeñábamos en salir, cada cual llevando las cosas necesarias o que le serian convenientes para aquel día de fiesta. Yo despachaba el armonio, los misales, los candelabros y los cirios, el incensario, los paños de altar, los ornamentos para misa solamente, y todo lo que a se fin se requiere.

Don Esteban mandaba peones con las mesas y taburetes de la casa, con herramientas y grandes toldos, que con los arrieros y mercaderes de plaza había conseguido, en previsión de la lluvia o el resistero; pues habíamos de pasar en el campo casi todo el día, en tres actos a saber: los preliminares de instalación, con bendición y colocación de la primera piedra; la santa misa solemnemente celebrada, con sermón y copiosísima comunión, y la función confusa y alegre de los desayunos y almuerzos seguida de la colecta de limosnas o mandas, con su consiguiente tarea de alistamientos y sumandos, para saber con qué se contaba, y luego, la despedida de tantos amigos y no conocidos que enderezaban cada uno por su camino, y muchos para parroquias distantes, quizás para nunca más vernos. Las señoras también despachaban de sus casas vecinas al campo de la misa tapetes, alfombras, esteras y costales, para defenderse de la humedad del suelo; como también trastos de comedor, comestibles y útiles de cocina, para el desayuno después de la comunión; pues en todos esos preparativos reinaba un desorden alegre por la improvisación, y una sencillez de mutua confianza, que me hacía pensar a mí que las apreciaba, lo que dice San Pablo: "hermanos; alegraos siempre en el Señor y os lo repito, alegraos, pero sin que nadie echo de menos la modestia, que debe ser el distintivo de los cristianos".

Por todos los lados y caminos, por las veredas de colinas y cañadas, al tope y a distancias, aparecían grupos de familias a pie y numerosas, que avanzaban venciendo el frio de la madrugada, y el rocío de magnas y rastrojo a favor de los primeros rayos del sol, que ya se alzaba sobre la verde y brumosa cordillera, frente a campamento, donde habíamos de

reunirnos por centenares, en esa feliz mañana. Se me ocurrían, al ver tales piadosas caravanas presurosas por llegar, aquellas palabras que se leen en la epístola del día de la Epifanía y que dicen: “Levanta tus ojos en rededor y mira: todos estos se ha congregado para venir a ti: tus hijos acudirán de lejos, y tus hijas se llagarán a ti de todas partes.”-Bien entendido que el ti, lo refería yo a Jesús bajando del cielo y sacramentado en misa, en aquellos campos y sobre aquel altar portátil, y más tarde en esta iglesia parroquial donde se sacrifica diariamente, y se queda en compañía de sus hijos e hijas que lo buscan como víctima divina en el sacrificio; como pan bajado del cielo, en la comunión y como compañero constante y querido, en el destierro de esta miserable vida.

Eran las ocho de la mañana del miércoles quince de mil novecientos doce, y ya en aquel campo hormigueaba el gentío de toda clase y de todos tamaños: viejos y niños, madres y doncellas luciendo sus vestidos domingueros, como en la montaña se dice; los guapos muchachos se paseaban sonrientes y garbosos, deseando ser vistos y atendidos, en inocente saludo y conversación, por las virgencitas ya casaderas, que tímidas al parecer, y pudorosas en verdad e interesadas, no abandonaban el ruedo de sus madres, (oh tiempos!, oh costumbres!). Los jinetes no querían desmontarse de sus caballos, para ponerlos en competencia con otros que iban llegando y hacer sus cambios y negocios, o lucir sus habilidades de buenos picadores. Mientras tanto las mujeres, por necesidad unas, y otras por negocio, hacían fogones, batían chocolates, freían empanadas y preparaban almuerzos al aire libre, con libertad y alegría, rodeadas de familiares y forasteros, al son de los cohetes que surgían de todas partes, y al estampido de los truenos gordos que retumbaban en la hondonada del valle y se repetían con ecos en las montañas de uno y otro lado; a lo cual daba mayor realce y animación la banda de música, y las compañías de la de cuerda, que se paseaban de una a otra parte, sin que la multitud se provocase a bailes, ni a otros desordenes. Era aún el pueblo tan piadoso, dócil y obediente! Y, todavía al arte coreográfico se olvidaba o más bien se ignoraba en los campos y en muchos pueblos sencillos, por temor a las ocasiones, de que tiene que ser origen casi siempre. También, la verdad sea dicha: el cura y don Esteban Velásquez, como se dice en buen castellano, tenían el palo y el mando. Si, don Esteban nació para gobernar y hacer el bien. Porque, qué hombre aquél para saber imponerse de un modo suave y modesto, pero firme y respetable; de manera que nadie le ponía resistencia, fueran sus hermanos, hijos o nietos, ni los que se ponían bajo su dirección en empresas y trabajos materiales. Siempre he pensado que los hombres de gobierno nacen y no se hacen: de ello nos convence la varonía y talento de ciertos hombres de estado, y más aún la clarividencia y tino de algunos campesinos sin cultura, que alcanzan sin pretenderlo un dominio completo y pacífico, entre sus familias y vecinos, con un acierto en sus consejos, y una simpatía espontánea y general, que los hacen respetables y queridos, mientras viven, sentidísimos en su muerte, y después de ella, viven en la memoria de muchas generaciones. Este es el caso de don Esteban Velásquez.

Al empezar a disponer como se haría el altar y se improvisarían confesonarios, para tantas mujeres que habían venido desde lejos a comulgar en la misa,-ya comenzó la multitud a recogerse.

Presentándose en esos momentos don Luciano Velásquez, quien de su casa y al hombro, traía muy cubierta, una estatua de la Virgen del Perpetuo Socorro, venida de Barcelona y conseguida por él, para dar contento a su propia devoción. Colocámosla sobre la cepa anchísima de un árbol secular, cuyo corte horizontal se emparejó con una sierra: quedó, pues, la Madre de Perpetuo Socorro encumbrada como atalaya, reina y señora, sobre aquel pueblo ambulante, devoto y alborozado, que le gritaba vivas! y vivas! Y le batía las palmas, y le arrojaba flores silvestres, al verla colocada a la cabeza del altar donde iba a celebrarse el tremendo sacrificio de la misa.

Era delicioso ver cómo se precipitaban, para postrarse con sus maridos y sus hijos, aquellas piadosas mujeres, y cómo entonaban salves y rosarios, ante la estatua de la Virgen María. Como el ciprés entre la malva y los helechos, como la palma de Cades, como el cedro del Líbano descollaba la Señora sobre aquel tronco, que le servía de trono, y aquellas multitudes rendidas a sus plantas, contemplándola estáticas y murmurando oraciones. Parecía que todo lo estaba vigilando y dirigiendo, colmando a todos de alegría y bendiciones. Madre del Perpetuo Socorro! tú eres aún el honor, la gloria y el gozo pleno del nuevo pueblo de San José! Yo mismo lo vi con mis ojos y lo sentí con este corazón mío que te ama, cuando hace ya ocho años, celebré allá tú fiesta y puse perfumadas flores sobre tu altar. A ese pueblo amado y bueno libra, Señora, de la tibieza, de la impiedad, de los vicios que degradan, de la incredulidad, de la obstinación y de la eterna muerte... y dale fortaleza y virtud para que viva penitente o sin pecar.

Como la primera piedra que se había labrado y sellado a punta de cincel con cuatro cruces, se hubiese roto de medio a medio al primer remolque para subirla a una parihuela, fue preciso esperar hasta que con grandes fatigas y afanes, arreglasen los obreros otra menos pesada, pues había que subirla desde la playa. Por esta causa la bendición y colocación de la primera piedra vino a ser ya pasadas las diez de la mañana; sin embargo, esta larga espera contribuyó para poder confesar mucha gente, y para que alcanzasen a venir desde la población, el padre Julio Ortega y un ejército de gente que aunque ya habían oído la misa parroquial, deseaban venir hasta San José, a presenciar la fiesta singular de esos campos, y a solemnizarla con su entusiasmo y devoción.

No sé cómo pudiera yo expresarme, si quiera pintar aunque fuera con pálidas frases, ciertos momentos excepcionales de la vida. Suelen decir algunos, que el confesar la incapacidad de expresar lo que se siente, es un recurso de la ignorancia, y que siempre quien bien siente, bien se expresa: más yo creo que aunque así sea generalmente hablando, también hay ocasiones, hasta para los que dominan el idioma hablado o escrito, en las cuales la imaginación, y el corazón que es el sentimiento, pasan delante de los recursos de la expresión, y la palabra no alcanza a condensar y exprimir el pensamiento apasionado y brillante, tal como uno lo ha concebido. Esto sentía el poeta Fallon cuando al despedirse de la luna decía:

“Oh luna, adiós! Quisiera en mi despecho
El vil lenguaje maldecir del hombre,
Que tantas emociones en su pecho
Deja que broten y les niega un nombre.

Yo tampoco se ponerle nombre a lo que sentía en aquel momento, en que como celebrante comencé la santa misa en los campos de San José, el quince de agosto de mil novecientos doce. El tapiz de aquel campo ese día era de fieles cristianos, que humildes y puestos de rodillas, alzaban los ojos al cielo dejando escapar el místico respiro de sus almas, la fervida oración, en diversos tonos y modos: pues se oían, como soplan las brisas, como silban los vientos, como las fuentes murmuran y suena agitadas por el aire las hojas de la selva, se oían repito, los suspiros, los sollozos, las jaculatorias, los golpes de pecho, pidiendo conmigo perdón y confesando nuestras culpas, y poniendo por intercesores a María Virgen, a los santos apóstoles y el arcángel San Miguel con toda la corte celestial y, luego con los **Kiries y los Christe** a la augusta Trinidad y a Cristo Redentor.

Qué gozo tan consolador sentía yo al cantar alzando los ojos al cielo limpio y azul: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad! Qué honda satisfacción, cuando vuelto de frente a ese piadoso pueblo rendido, para hacerle lacónica y sentida plática, pude decirle con tono seguro y paternal: hermanos! aquí será el templo de Dios vivo... Allá será la plaza y en esas cuadras y calles demarcadas apenas, plantareis vuestras casas!.... Oh Dios y Señor! estoy viendo con ingente alegría a tu pueblo aquí congregado; con sencillez de corazón te ofrecemos nuestros votos en estos lugares, y este sacrificio de suprema adoración!

Al cantar el credo todos los fieles lo recitaron con fe piadosa y además resuelto, como soldados de Cristo. Una felicidad inefable me embargaba el corazón al entonar el prefacio de la Virgen María reina de los cielos y tierra en ese día de su tránsito y coronación gloriosos; pues pensaba que al terminarlo con voz sumisa y cerviz rendida, los ángeles comenzarían a cantar al pie del altar y en aquellos campos, el santo, santo, santo que en el cielo se entona sin cesar un solo instante, con **miríficos** **concentos**. Qué consuelo tan benéfico experimentaba mi alma al distribuir con mis compañeros tantas comuniones, y ver los ojos, de muchísimos cristianos, humedecidos por lágrimas de amor enternecido, al verme cantando misa bajo el palio azul del cielo, y al recibir en sus corazones purificados a Jesús Sacramentado. Ah! El sacerdote católico tiene ciertamente muchas amarguras incommunicables; pero también tiene horas de intensa e inefable alegría y felicidad al ver a Dios glorificado, y a las almas inmortales santificadas por el santo sacrificio de los altares, por la penitencia y la comunión que dan fuerza, prestan auxilio, alegran la triste vida, reprimen las guerras del maligno, y abren las puertas de la gloria.